

# Filosofía de la Historia y feminismos

Magda Lasheras  
*(Coordinadora)*

Colección Pensar nuestro tiempo

Teresa Oñate y Magda Lasheras  
*(Editoras)*

*Dykinson, S.L.*



# **FILOSOFÍA DE LA HISTORIA Y FEMINISMOS**

**Colección Pensar nuestro tiempo**

Teresa Oñate  
Magda Lasheras  
(*Editoras*)

**Magda Lasheras**  
**(Coordinadora)**

# **FILOSOFÍA DE LA HISTORIA Y FEMINISMOS**

*Dykinson, S. L.*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 932 72 04 07.

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial  
Para mayor información, véase [www.dykinson.com/quienes\\_somos](http://www.dykinson.com/quienes_somos)

© Copyright by  
Los autores  
Madrid, 2020

Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid  
Teléfono (+34) 91 544 28 46 - (+34) 91 544 28 69  
e-mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)  
<http://www.dykinson.es>  
<http://www.dykinson.com>

ISBN: 978-84-1324-850-9

*Maquetación:*  
[german.balaguer@gmail.com](mailto:german.balaguer@gmail.com)

# Índice

|   |    |
|---|----|
| PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN «PENSAR NUESTRO TIEMPO»..... | 9  |
| MARÍA TERESA OÑATE Y ZUBÍA                                |    |
| PRÓLOGO .....   | 13 |
| MAGDA LASHERAS ARAÚJO                                     |    |

## ESPACIO

|   |    |
|---|----|
| ESQUEMAS PARA UNA ÉTICA POSTURAL.....                                     | 25 |
| ADRIANA CAVARERO  |    |
| TEORÍA HERIDA DEL DERECHO PURO: CORPORALIDAD VIVIENTE Y TIEMPO-AHORA..... | 37 |
| DANIEL J. GARCÍA LÓPEZ  |    |
| FEMINISMO COMO PUESTA EN JUEGO DE LA ALTERIDAD COMUNITARIA.....           | 63 |
| PAULA A. SERRANO  |    |
| ALGUNOS DESPLAZAMIENTOS FILOSÓFICOS: DEL ORDEN AL DESORDEN.....           | 87 |
| ÁNGELA SIERRA GONZÁLEZ  |    |

*Índice*

**AUSENCIA**

LA VERDAD AUSENTE DE LA FILOSOFÍA: LA HISTORIA VI-  
VIENTE .....111  
MARÍA-MILAGROS RIVERA GARRETAS

EVA Y YEMAYÁ: DOS MITOS PARA PENSAR EL FEMINISMO ..139  
AÍDA ESTHER BUENO SARDUY

LAS HIJAS DE NIETZSCHE: HACIA UNA REVOLUCIÓN ESPI-  
RITUAL FEMINISTA. ENTREVISTA A TERESA OÑATE .....157  
MAGDA LASHERAS ARAÚJO

BIOGRAFÍAS.....173

# Prólogo

MAGDA LASHERAS ARAÚJO

*HERCRITIA*

¿Por qué convocar la unión de estos dos términos: *Filosofía de la Historia* y *feminismos*? En primer lugar, la respuesta obvia: si se los intenta unir es porque, de partida, no se dan juntos; porque, pese a tener tanto que decirse, el diálogo entre ellos es escaso. Porque hay, por lo tanto, entre ellos, distancia y carencia.

La distancia tiene que ver, sí, con el criterio patriarcal que efectúa el corte de aquello que debe o no ser pensado, estudiado y legado a las futuras generaciones como parte de un mismo *corpus* de conocimiento. En este sentido, y como apuntará más adelante Ángela Sierra, «la filosofía forma parte de la acción colectiva de la humanidad en el mundo. Y las ausencias de unos autores y la presencia, a veces inexplicable, de otros, revela cómo circula el conocimiento y qué relación tiene con el poder». Podemos decir que hay, entonces, en primer lugar, la distancia de la asimetría: la Filosofía de la Historia ha sido urdida entre hombres<sup>1</sup> y en ese club, como en tantos otros, las mujeres se quedan ante las puertas. Si no entramos, decimos, es porque no nos dejan.

En cambio, las mujeres sí han entrado ya en la Historia y, con ellas, también los feminismos. Han entrado y entran, cada vez más, como *objeto* de estudio, fundamentalmente a través de ese portal que se abrió con la Historia de las Mujeres. El complemento “de las Mujeres”, que pudo

---

<sup>1</sup> La genealogía de la Filosofía de la Historia, tal como se la viene estudiando, brilla por la ausencia de voces femeninas: Agustín de Hipona, Maquiavelo, Kant, Hegel, Marx, Dilthey, Benjamin o Foucault, entre tantos otros, signan el terreno de la disciplina como un lugar eminentemente masculino. Hanna Arendt, Simone Weil o, en nuestro país, María Zambrano, son algunos de los pocos nombres femeninos –que no necesariamente feministas, según sus propias manifestaciones públicas– que han entrado de pleno derecho en la constelación de voces autorizadas en la materia. Por supuesto, el listado de autoras feministas que se han dado a la tarea de pensar la Historia es mucho mayor y crece cada día en el presente, como demuestra la existencia misma de este volumen y la trayectoria consolidada de quienes participan en él.

parecer inocuo, vino en realidad a desestabilizar todo el edificio de la Historia. Recuperando las biografías y la memoria de las experiencias históricas femeninas, la Historia se develó —contra sus propias pretensiones positivistas— parcial, ideológica y profundamente injusta. Lo que ya había señalado el marxismo, lo remató el feminismo: la Historia es un instrumento de dominio al servicio del poder. Ella fundamenta y naturaliza el orden de cosas presente, y delimita, en la imaginación colectiva, el campo de posibles de la acción social.

Por ello, para consolidar la lucha por sus derechos, las feministas necesitaron contar *su* historia —*herstory*, como indica el término inglés— y, de ese modo, darse a sí mismas la agencia y la capacidad de influir en el devenir de los tiempos que, según descubrieron, siempre habían tenido<sup>2</sup>. El feminismo aprendió así a intervenir la Historia para intervenir en la historia, y viceversa<sup>3</sup>. Y los aprendizajes de una revirtieron en la otra. Como una obra de ingeniería subterránea, las historiadoras excavan en la dura roca de los archivos y la Historia oficial para conectar búsquedas, deseos, padecimientos, intuiciones, credos y conquistas que nos convocan a las mujeres, de un lado y otro de los tiempos, a mirarnos frente a frente. La mujer que mira desde el presente encuentra a menudo en la otra mujer coraje, un refuerzo para su lucha, bien sea por admiración o por rabia, y el deseo subsiguiente de vindicar la injusticia que aquella padeció —la redención benjaminiana de las vencidas—; esto es: encuentra autoafirmación. Pero si se deja hablar por aquella —cosa que ocurre en menor número de ocasiones—, si la mujer presente presta sus entrañas a la visión<sup>4</sup> de aquella que la mira desde el otro lado del túnel, es ahí donde puede acontecer la alquimia de la Historia y el pasado puede devenir presente transformador. Sobre este encuentro con la alteridad volveremos más adelante.

Las mujeres han entrado, por lo tanto, también como *sujetos* en la Historia mediante el desempeño de su labor historiográfica. Pero es importante comprender que esta labor ha convertido la Historia ya en otra cosa,

---

<sup>2</sup> Véase: Scott, Joan. “Introduction”, *Feminism and History*. Oxford Readings in Feminism. New York University Press, Oxford, 1996.

<sup>3</sup> Para la distinción entre “Historia” e “historia”, véase: Koselleck, Reinhart. *historia/Historia*. Editorial Trotta, Madrid, 2016.

<sup>4</sup> María-Milagros Rivera Garretas explicará más adelante la importancia de la visión para la historia viviente, aquella que se deja atravesar por el sentir.

ejecutando el mantra de Audre Lorde que reza: «las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo»<sup>5</sup>. Ciertamente, si la Historia que está en manos del feminismo fuera la misma Historia de siempre, esta no tendría poder transformador alguno. Por ello, cuando la Historia de las Mujeres descarrila en una enumeración positivista al estilo de “Grandes Mujeres de la Historia” –lo cual ocurre no pocas veces–, esto podrá suscitar más o menos devoción, pero difícilmente moviliza nuestro deseo hacia una acción transformadora en lo real, si no es la mera operación de cambiar el busto de César por el de Agripina.

Hay otra distancia que nos es necesario pensar, entonces, entre la Filosofía de la Historia y los feminismos: la Historia que hacen los segundos no es la Historia primera –la que se quiere objetiva, neutra, universal, materialista– sino otra. Mejor dicho: cuando las feministas se dan a la tarea de hacer Historia, esta acaba deshecha y lo que queda por obrar es *otra* Historia.

Decimos que hay, también, una relación de carencia entre la Filosofía de la Historia y los feminismos. Que la conversación entre ambos no fluye, que allí donde se cruzan apenas se tocan. Las historiadoras no pliegan, necesariamente, su estudio sobre su propio estudio, dando lugar así al pensamiento de la Historia; y las filósofas, que suficiente tienen también con hacerse un hueco en la Filosofía, se han implicado más a menudo en la reescritura de la Historia de la Filosofía –al estilo también de una Historia de las Mujeres en la Filosofía– que en las implicaciones filosóficas de la Historia.

Pero especialmente, y más allá de esto, el feminismo académico parece estar urgido por otros asuntos. En una deriva intensificada por la eclosión de los estudios de género y la teoría postcolonial a partir de los años 80 y 90, los grandes debates que ocupan la agenda planetaria del feminismo en las universidades giran, cada vez más, en torno a la categoría de la identidad. El feminismo se ha hecho múltiple precisamente alrededor de esta categoría. Si hoy hablamos de *los feminismos*, tal y como recoge el título de este volumen, es porque, confrontadas las feministas con el desafío de pensar la identidad, se han vuelto evidentes las diferencias que en otro tiempo –y aún hoy– se barrían bajo la alfombra en pro de la cohesión de la lucha: la raza, la orientación sexual, la clase social, la

---

<sup>5</sup> Lorde, Audre. *La hermana, la extranjera*. Horas y horas, Madrid, 2003.

procedencia nacional, el estatuto de ciudadanía, la diversidad funcional, y todos esos vectores que la interseccionalidad nos ha enseñado a leer como marcas encarnadas que nos hacen distintas, y que la política de la articulación nos invita a reunir<sup>6</sup>.

Los feminismos, por lo tanto, están entregados fundamentalmente a la tarea de buscar su propio sujeto, ahora que la respuesta simple de antaño –que el sujeto de la lucha feminista es el universal “las mujeres”–, ha sido impugnada. Y para ello han desarrollado un extraordinario conjunto de instrumentos finamente diseñados para diseccionar y analizar las identidades, las corporalidades, las expresiones de género, la sexuación, el dispositivo colonial que produce la marca de la raza, etc. Este prodigioso descubrimiento ha otorgado a millones de mujeres la posibilidad de mirarse en el espejo feminista y por primera vez reconocerse, portando consigo sus marcas de identidad a colectivos y luchas que las integran y que no pretenden ya negarlas, ni minimizarlas, ni jerarquizarlas en los objetivos de su agenda. El efecto sanador que esto tiene es inexpresable, y la prueba está en que los feminismos se han hecho tan diversos que cada vez más personas –no ya mujeres– se reconocen como feministas, porque sienten que ellos/as/es también forman parte.

Por supuesto, esto ha generado otra batería de reacciones –algunas, francamente violentas y deleznable– entre cada uno de los feminismos que, en respuesta a tal diversificación, se han ocupado de delimitar su cerco, de hacer de la identidad que cada uno de ellos reconoce el criterio de su pertenencia y de su lucha, a menudo por medio de la exclusión de las/os/es otras/os/es. Como consecuencia, ahora que cada vez más personas se reconocen como feministas, los feminismos se reconocen entre sí cada vez menos.

Tenemos, pues, un panorama complejo y a veces sombrío, y no debe sorprender que solo este asunto ocupe el primer lugar en las preocupaciones de las feministas. Verdaderamente es un problema que urge ser pensado. Y en un ejercicio de honestidad con nosotras mismas, las feministas deberíamos asumir que no vamos a hacer desaparecer el pro-

---

<sup>6</sup> Para adelantar una posible solución al problema que planteamos, véase: García Dauder, Silvia y Carmen Romero Bachiller (2002): Rompiendo viejos dualismos: De las (im)posibilidades de la articulación. *Athenea Digital* (2), otoño, pp. 42-61. Y también: Davis, Angela. *La libertad es una batalla constante: Ferguson, Palestina y los cimientos de un movimiento*. Capitán Swing, Madrid, 2017.

blema a base de desoírlo, silenciarlo o continuar gritando por encima de la voz de nuestras otras que mi verdad es *la verdad* y que mi lucha habrá de ser *la lucha*. A este problema que es hermenéutico –pues parte de una diversidad en las interpretaciones– habrá que darle una respuesta hermenéutica: un diálogo posibilitante de las mejores acciones comunes<sup>7</sup>.

Lejos de proponerse como un modo de dar carpetazo a estos asuntos puede que, si ahondamos en la carencia que ha marcado la relación de los feminismos con la Filosofía de la Historia hasta ahora, encontremos en ese vacío nuevas grutas para salir de los atolladeros presentes. Como expresa hermosamente María-Milagros Rivera Garretas en su artículo, «las mujeres no somos, por lo general, nihilistas. La nada tiende a ser, para nosotras, un pasaje a algo otro, un vacío interior que consiente y accede al hallazgo y al encuentro».

Este libro nace con esa intención. Si se convoca a ambos, a la Filosofía de la Historia y a los feminismos, no es únicamente para corregir una falta histórica –la de su distancia y su carencia– sino por la convicción de que si los feminismos se piensan en la Filosofía de la Historia, si construimos un pasaje de unos a la otra y lo recorremos activamente, yendo analíticamente a su encuentro, pero también dejándonos afectar sensiblemente por lo que ella nos depare en el camino, entonces los feminismos saldrán de ahí transformados.

¿Queremos decir con esto que la vía del pensamiento emancipatorio –aquella que nos ha llevado a la defensa articulada de nuestros derechos políticos y también al proyecto de éticas más justas, no patriarcales– y la del pensamiento de la identidad –que nos ha enseñado a reconocernos distintas, enriqueciendo de manera invaluable nuestro análisis de la opresión y de las posibilidades para vivir vidas más libres y rebeldes– hayan quedado obsoletas, que no merezcan ya ser transitadas? En absoluto. Al contrario, creemos que los feminismos se resienten cuando en su seno aparecen impensables; cuando una feminista le dice a otra, con ánimo censor, que su búsqueda no vale, que su pensamiento es ponzoñoso, que su verdad es poco más que un ídolo de piedra o un becerro de oro. Es precisamente aquí donde pensar con la Filosofía de la Historia podría advertirnos del peligro que supone reproducir una actitud imperialista:

---

<sup>7</sup> Véase la entrevista a Teresa Oñate recogida en este mismo volumen, en la que expone que el criterio de la transformación de la realidad es la acción posibilitante comunitaria en pro de los más débiles.

la que pretende soterrar cualquier otro proyecto diferente para así darle al propio vía libre de expansión, y colonizar los deseos y las fuerzas de quien se adscribe al feminismo entendido como militancia. Militancia que, por cierto, copia el militarismo también en lo que tiene de fe ciega en las autoridades reconocidas y de férrea disciplina de consenso, derivando en un sentido de pertenencia por exclusión que poco tiene ya que ver con el ideal de la sororidad. En su lugar, uno mucho más tétrico: mi feminismo, mi patria.

Sin embargo, y en un claro ejercicio de Filosofía de la Historia, los feminismos han pensado ya la *matria*. «La matria no tiene territorio, ni ejércitos, ni fronteras, ni correlaciones de fuerzas como motor de la historia», dice en otro lugar María-Milagros Rivera Garretas, «tiene sentires, relaciones, lengua materna, amor, anchura, vida, apertura, hermandad. Es la política previa y contigua a la polis; es la verdadera política»<sup>8</sup>. Lejos de representar un principio abstracto, la matria fue una realidad entre la civilización occitana medieval de la Lengua de Oc –la que decía “sí” con la palabra “oc”<sup>9</sup>–; como lo es aún hoy entre sociedades de tipo matrilineal –la ya célebre etnia mosuo– o como era, hasta hace no mucho y como estudió la antropóloga Aida Bueno Sarduy, en los *terreiros* de jefatura femenina en el Brasil del candomblé<sup>10</sup>. También, aunque desangrada por el peor contexto de horror y barbarie, y por necesidad en sí misma un ejército, ha sido matria la comunidad femenina kurda de Rojava, a la que Paula A. Serrano dedica su análisis en este volumen.

Recorrer la senda de una Filosofía de la Historia feminista, lejos de fortificarnos, habrá de debilitarnos. Teresa Oñate, siguiendo el debolismo de Gianni Vattimo, propondrá como sujeto del feminismo nada más y nada menos que a los más débiles. Daniel J. García, en una exploración *queer* de la herida, nos invitará a pensar la *heridabilidad* como criterio de una comunidad feminista de corporalidades vivientes. Adriana Cavarero, en la línea –curva– de sus brillantes estudios sobre la vulnerabilidad ontológica, desafiará la verticalidad de la seguridad patriarcal para hacer de la

---

<sup>8</sup> Rivera Garretas, María-Milagros (2017) La matria ha sido arrollada por la patria: Duoda, Textos políticos (13/10/2017) [disponible en: <http://www.ub.edu/duoda/web/es/textos/1/200/>].

<sup>9</sup> *Idem*.

<sup>10</sup> Bueno Sarduy, Aida Esther. El ocaso del liderazgo sacerdotal femenino en el Xangô de Recife: la ciudad de las mujeres que no será. Universidad Complutense de Madrid (UCM), 2014.

madre que se inclina hacia el cuidado de su indefenso recién nacido el paradigma de una nueva geometría política, aún por pensar.

La vulnerabilidad, por lo tanto, se repropone no ya únicamente como la clave sobre la que pivota una nueva ética cotidiana –la de los cuidados–, sino como un modo de relacionarnos con la Historia: vivir en el mundo expuestas, dispuestas a ser afectadas por aquello que pasa y que nos pasa, como un modo de relación entre nosotras, con nuestra comunidad, y también con el tiempo.

Esto lo sabe aquella que ha hecho la experiencia de la recepción de la alteridad: de un otro o una otra, pero también de aquello sagrado, de la memoria viva de un pasado reabierto o del mundo y su naturaleza que nos excede. Lo sabe quien hace de su percepción –una dimensión que tiene más que ver con el sentir que con la razón– el cobijo de ese encuentro. Y lo sabe quien afirma la doble vuelta, el eterno retorno, el devenir que nos sacude, nos inclina, nos deshace y nos rehace pero, ahora, más plurales; pero, cada vez, dificultando aún más la tarea de que la palabra “yo” pueda ser dicha sin un “tú” y un “nosotras”.

Si algo podemos aprender de una Filosofía de la Historia en clave feminista es esto: vivimos vidas implicadas; vivir una vida que merezca ser vivida es implicarse, no ya únicamente en un proyecto de transformación, sino verdaderamente implicarse las unas con las otras, las unas en las otras, de manera que no haya ya vida que no sea en relación. Podemos decirlo así: que no haya vida que no sea histórica, porque la Historia es –o puede ser, deseamos que sea– la esfera humana en la que hacemos más intensamente la experiencia de la alteridad, descubriéndonos parte de una patria allí donde se habla la misma lengua –la lengua de la madre, sin importar el idioma en que se exprese–; donde, para decirlo con Daniel J. García, podemos «ir hacia el colapso de los tiempos», impugnando la *crononormatividad* que nos persuade de que el pasado ha muerto bajo la bota del presente superador. «Encontrar en mi vida las estructuras fundamentales de la historia»<sup>11</sup>, que diría Maurice Merleau-Ponty.

---

<sup>11</sup> «Debemos volver a lo social, con lo que estamos en contacto por el solo hecho de que existimos, y que llevamos atado en nosotros antes de toda objetivación. La consciencia objetiva y científica del pasado y de las civilizaciones sería imposible si yo no tuviese con ellos, por el intermediario de mi sociedad, de mi mundo cultural y de sus horizontes, una comunicación como mínimo virtual, si el lugar de la república ateniense y del imperio romano no se encontrara marcado en alguna parte en los confines de mi propia historia, si esos no estuvieran instalados en tales confines como

Este libro está estructurado en dos apartados: “Espacio” y “Ausencia”. El apartado “Espacio” piensa allí donde la ontología hace cuerpo y lo significa; atiende a las dimensiones del límite, de la herida, del ocultamiento; dibuja relieves y topologías diferentes a los del pensamiento patriarcal y sus configuraciones de género, geopolíticas y culturales. En este apartado se inscribe, en primer lugar, el artículo de Adriana Cavarero, “Esquemas para una ética postural”, capítulo de cierre de su libro *Inclinazioni. Critica della retitudine*, inédito en castellano. Cavarero explora aquí la manera en que vulnerabilidad y relacionalidad se cruzan en un nudo ontológico indisoluble. Y propone la inclinación como boceto de una nueva postura ética que pueda llegar a ser prevalente, pensada siempre a imagen de la madre y en contraposición a la subjetividad patriarcal de la verticalidad entendida como autonomía e inmunidad.

Daniel J. García, en su texto “Teoría herida del derecho puro: corporalidad viviente y tiempo-ahora”, piensa el tiempo del derecho desde el cuerpo, así como el modo de existir de la corporalidad a la manera de un palimpsesto de heridas que, yuxtapuestas, necesariamente la escriben y reescriben. Para efectuar un pliegue en el tiempo de la violencia mítica del derecho, aquel que precisamente produce la herida, Daniel J. García propone buscar la cura en el cuidado de la otredad, que inaugura un tiempo otro.

Paula A. Serrano, en su “Feminismo como puesta en juego de la alteridad comunitaria” atiende a un espacio concreto: Rojava, el Kurdistán de las mujeres, una experiencia que es ya histórica y que pertenece a la memoria viviente de la humanidad. Se exploran las dislocaciones que han tenido lugar en el pensamiento feminista de los últimos tiempos y encontrará, en el ejemplo kurdo, claves como la apuesta por la comunidad y el cuidado, o el planteamiento de una pluralidad ontológica de la condición humana, precisamente allí donde ser mujer es el límite absoluto que la violencia del patriarcado más brutal niega constantemente. Cierra el apartado “Espacio” Ángela Sierra con su artículo “Algunos desplazamientos filosóficos: del orden al desorden”, en el que analiza la función represora del orden como modo de distribuir los elementos materiales y simbólicos en una estructura que asegura la reproducción

---

otros tantos individuos por conocer, indeterminados pero preexistentes, si no encontrase en mi vida las estructuras fundamentales de la historia» Merleau-Ponty, Maurice. *Fenomenología de la percepción*. Planeta de Agostini, Barcelona, 1993, p. 373.

del poder y del dominio, principalmente mediante el derecho. Frente a ello, la impugnación feminista de la obligada sumisión de las mujeres introduce un “desorden” que da lugar a un cambio de paradigma en la ética y en el derecho.

El apartado “Ausencia” reflexiona sobre la relación del pensamiento feminista con aquello que no está presente: nuestros pasados aún posibles, la genealogía de nuestras antepasadas o lo divino en el marco de una sacralidad no patriarcal. En primer lugar, María-Milagros Rivera Garretas aborda una ausencia muy concreta: la de la verdad de la historia viviente en el marco de la filosofía. La historia viviente es aquella que se relaciona con la verdad histórica a través del sentir padecido en las entrañas y por los sentidos. *Historia* viviente, como lo escribe Marirì Martinengo, porque la Historia se inclina hacia la vida<sup>12</sup>. Explorando esta dimensión, que ha estado siempre oculta y al lado del paradigma de la Historia como ciencia social, podemos reencontrarnos con verdades perdidas como la de que –dice María-Milagros– libertad no hay una sino dos: hay una libertad históricamente femenina que es la libertad en relación.

El artículo de Aida Bueno Sarduy, “Eva y Yemayá: dos mitos para pensar el feminismo”, pone en diálogo dos tradiciones religiosas, la cristiana y la yoruba, para interrogarlas en sus diferentes formas de relacionarse con la ausencia por excelencia: la de la divinidad. A través del análisis de estos dos mitos que guardan una extraordinaria semejanza –en ambos una mujer con deseo de conocimiento desafía el orden que se lo veda–, Aida Bueno muestra cómo la solución del castigo, de la culpa y de la universalización del sufrimiento –la solución de Occidente, el gran vencedor de la Historia– pudo ser evitada por la tradición yoruba, que propuso en su lugar la inocencia, la aceptación de la pluralidad y la veneración de la sabiduría y del coraje, venga de quien venga. Y esto, por supuesto, dio lugar a dos modos muy diferentes de comprender el papel y el destino de cada comunidad.

Finaliza el libro la entrevista a Teresa Oñate, en la que la interrogo sobre la dimensión feminista de su pensamiento: la ontología del límite, la

---

<sup>12</sup> Martinengo, Marirì (2011): La voz del silencio me llama desde siempre. DUODA. Estudios de la Diferencia Sexual (40), p. 44. En un momento de su artículo, María-Milagros Rivera Garretas se interroga sobre la elección de Martinengo al escribir en cursiva la palabra “Historia”, y no así “viviente”, como a ella le parece que sería lo adecuado. Entablamos aquí diálogo con esa vacilación.

desfundamentación del Sujeto, el debolismo, el elemento de lo eterno inmanente y lo indisponible, un deseo que quiere la excelencia de las acciones comunitarias y el amor, inocente e insurrecto, hacia la alteridad como criterio de cualquier lucha y, en especial, de la feminista. De manera especialmente relevante para este volumen, Teresa Oñate desarrolla su apuesta por la *transhistoria* como el modo de relación con la temporalidad que permite la puesta en juego de la diferencia.

En definitiva, esperamos que, tras este conjunto de artículos, la pregunta con la que iniciábamos este prólogo –¿por qué convocar la unión de la Filosofía de la Historia y los feminismos?– nos haga llegar a otra más desafiante, más inspiradora; una que, si nos implicamos en darle respuesta, podrá enriquecer nuestras búsquedas –debilitándolas, alterándolas– y señalarnos nuevas posibilidades para nuestro pensamiento feminista diverso: ¿qué pueden juntas la Filosofía de la Historia y los feminismos?